

PRIMERA PARTE

CONSIDERACIONES GENERALES

Hablaremos contra las leyes insensatas hasta que se las reforme; y entretanto, nos someteremos a ellas ciegamente.
(DIDEROT, *Suplemento al Viaje de Bougainville.*)

MEDITACION I

EL OBJETO

- Fisiología, ¿qué me quieres?
- ¿Es tu objeto demostrarnos que el matrimonio une por toda la vida a dos seres que no se conocen?
- ¿Que la vida reside en la pasión, y que ninguna pasión resiste al matrimonio?
- ¿Que el matrimonio es una institución necesaria al mantenimiento de las sociedades, pero que es contraria a las leyes de la naturaleza?
- ¿Que el divorcio, ese admirable paliativo de los males del matrimonio, será unánimemente reclamado?
- ¿Que, a pesar de todos sus inconvenientes, el matrimonio es la fuente primera de la propiedad?
- ¿Que ofrece incalculables prendas de seguridad a los gobiernos?
- ¿Que hay algo de conmovedor en la asociación de dos seres para soportar las penas de la vida?
- ¿Que hay algo de ridículo en querer que un mismo pensamiento dirija dos voluntades?
- ¿Que la mujer es tratada como esclava?
- ¿Que no hay matrimonio enteramente feliz?

¿Que el matrimonio está preñado de crímenes, y que los asesinatos conocidos no son los peores?

¿Que la fidelidad es imposible, al menos en el hombre?

¿Que un examen pericial, dado que pudiera hacerse, encontraría más trastornos que seguridad en la transmisión patrimonial de las propiedades?

¿Que el adulterio es más fecundo en males que el matrimonio en bienes?

¿Que la infidelidad de la mujer se remonta a los primeros tiempos de las sociedades, y que el matrimonio sobrevive a esa perpetuidad de fraudes?

¿Que las leyes del amor enlazan tan fuertemente a dos seres que no hay ley humana que pueda separarlos?

¿Que si hay matrimonios inscritos en los libros parroquiales o en los registros civiles, hay otros formados por la naturaleza, ya por conformidad simpática, ya por entera semejanza en el pensamiento, ya por similitudes corporales?

¿Que hay maridos corpulentos y de ingenio superior, cuyas mujeres tienen queridos pequeños, feos o estúpidos?

Todas estas cuestiones pudieran dar ocasión a otros tantos libros; pero los tales libros están hechos, y las cuestiones están perpetuamente resueltas.

Fisiología, ¿qué me quieres?

¿Revelas tú principios nuevos? ¿Pretendes que las mujeres sean de todos? Licurgo (1) y algunas tribus griegas, los tártaros y algunos salvajes, lo han ensayado.

¿Habrás que encerrar a las mujeres? Los otomanos lo han hecho y las ponen en libertad.

¿Será preciso casar a las jóvenes sin darles dote, y excluirlas del derecho de heredar?... Autores ingleses y varios moralistas han demostrado que esto, con el divorcio, constituye el más seguro medio de hacer los matrimonios felices.

¿Convendrá tener una Agar (2) en cada familia? Para esto no se necesita ley. El artículo del Código que señala penas para la mujer adúltera, y el que castiga al marido nada más que cuando su concubina vive bajo el techo conyugal, admiten implícitamente el derecho de tener queridas fuera de casa.

(1) Célebre legislador de Esparta. Vivió en el año 884 antes de Jesucristo.—(N. del T.)

(2) Agar, esclava de Sara, fué, al par que ésta, mujer de Abraham.—(N. del T.)

Sánchez (1) ha disertado acerca de todos los casos penitenciaros del matrimonio; hasta ha argüido sobre la legitimidad y la oportunidad de cada placer; ha trazado todos los deberes morales, religiosos y corporales de los cónyuges; en fin, su obra formaría doce volúmenes en 8.º si se reimprimiera su abultado infolio *De Matrimonio*.

Multitud de jurisconsultos han publicado innumerables tratados sobre las dificultades legales que nacen del matrimonio.

Legiones de médicos han publicado legiones de libros acerca del matrimonio en sus relaciones con la cirugía y la medicina.

En el siglo décimonono, por lo tanto, la Fisiología del Matrimonio es una insignificante recopilación; la obra de un majadero escrita por otros majaderos; antiguos sacerdotes han cogido sus balanzas de oro y pesado el asunto hasta por escrúpulos; antiguos jurisconsultos se han calado las antiparras y han distinguido todas las especies; antiguos médicos han tomado el escabello y han puesto al descubierto todas las úlceras; antiguos jueces han subido al estrado y han juzgado todos los casos conocidos; generaciones enteras han pasado prorrumpiendo en grito de alegría o de dolor; cada siglo ha depositado su voto en la urna; el Espíritu Santo, los poetas, los escritores lo han registrado todo, desde Eva hasta la guerra de Troya, desde Elena (2) hasta la Maintenón (3), desde la esposa de Luis XIV hasta la mujer contemporánea.

Fisiología, ¿qué me quieres?

Querrás acaso presentarnos cuadros mejor o peor dibujados para convencernos de que un hombre se casa:

Por Ambición... esto es muy conocido.

Por Bondad, para libertar a una hija de la tiranía de su madre.

Por Cólera, para desheredar a unos parientes colaterales.

(1) Tomás Sánchez, célebre jesuita y filósofo español. Nació en Córdoba en 1550 y murió en 1610.—(N. del T.)

(2) Hermana de Castor y de Polux, se casó con Menelao, rey de Esparta, y, habiendo sido robada por Paris, su raptó ocasionó la guerra de Troya.

(3) La marquesa de Maintenón, que nació en 1635, casó primero con el poeta Scarrón, siendo su casa el punto de reunión de todos los talentos de su época. Estando de aya de los hijos de la señora Montespán, gustó a Luis XIV, quien la hizo en secreto su esposa en 1684, y se dejó gobernar por ella hasta su muerte. La marquesa fundó en 1685 la casa de Saint-Cyr, destinada a dar educación a las jóvenes nobles y pobres, y murió en 1719.—(N. del T.)

Por Despecho de una querida infiel.

Por Enfado de la deliciosa vida de soltero.

Por Fealdad, temiendo que llegue un día en que no se pueda encontrar mujer.

Por Ganar algo, como lord Byron, que lo hizo por ganar una apuesta.

Por Honor, como Jorge Dandín.

Por Interés, como se hace casi siempre.

Por Juventud, como lo hace un colegial atolondrado.

Por Locura, y el matrimonio siempre lo es.

Por Maquiavelismo, para heredar cuanto antes de una vieja.

Por Necesidad, para legitimar a nuestro hijo.

Por Obligación, cuando la novia ha sido frágil.

Por Pasión, para curarse de ella.

Por Querrela, para acabar un pleito.

Por Reconocimiento, y es dar más de lo que se ha recibido.

Por Sabiduría, como lo hacen todavía los doctrinarios.

Por Testamento, cuando un tío muerto hace un legado con esa condición.

Por Usanza, para imitar a los antepasados.

Por Vejez, para tener quien le cuide a uno durante los últimos años de la vida.

(La X falta, y sin duda se ha tomado como signo de lo desconocido (1) a causa del poco empleo que se hace de ella como principio de palabra.)

Por *Yatidi*, que es la hora de acostarse y significa todas las necesidades de esa hora entre los turcos.

Por Zanjarse escrupulos de conciencia, como el duque de Saint-Aignán que lo hizo para no cometer pecados.

Pero estos accidentes han dado asunto para treinta mil comedias y cien mil novelas.

Fisiología, por tercera y última vez, ¿qué me quieres?

Aquí todo es trivial, como el empedrado de una calle, vulgar como una encrucijada. El matrimonio es más conocido por el Barrabás (2) de la Pasión; todas las rancias ideas que despierta ruedan por las literaturas desde

(1) En efecto, cuando se quiere contar una aventura que afecta a la honra de alguien, se dice al señor o la señora X, en lugar de usar los nombres propios.—(N. del T.)

(2) Barrabás fué el judío que, en unión de Jesús, fué presentado al pueblo por Pilatos. Cuando éste propuso a los judíos que escogiesen entre Jesús inocente y Barrabás culpable del doble crimen de sedición y asesinato, para

que el mundo es mundo, y no hay opinión útil ni proyecto insensato que no hayan ido en busca de un autor, de un impresor, de un librero y de un lector.

Permitidme deciros como Rabelais, maestro de todos nosotros:

«Gentes de bien, ¡Dios os salve y os guarde! ¿Dónde estáis, que no os veo? Aguardad que me cale mis anteojos. ¡Ah! ¡ah! ya os veo. Vuestras mujeres, vuestros hijos, vosotros mismos, ¿gozáis de buena salud? Me alegro mucho.»

Mas no escribo para vosotros; puesto que ya tenéis hijos grandes, yo no tengo que deciros nada.

«¡Ah! ¿estáis ahí, bebedores ilustrísimos, gotosos carísimos, y vosotros sarnosos infatigables, viejos glotones que *pantagruelizáis* (1) de la mañana a la noche y vais a todas las misas y a vísperas completas?»

Pues tampoco se dirige a vosotros la *Fisiología del Matrimonio*, puesto que no sois casados, y ojalá que no lo seáis nunca.

«Vosotros, camanduleros, santurrones, peregrinos hipócritas, falsos devotos, y otros tales que os ponéis caretas para engañar al mundo... ¡atrás, mastines!... ¡fuera de la palestra!... ¡largo de aquí!... ¡Por todos los diablos!... ¿aun estáis aquí, mastuerzos?»

Sólo me quedan, tal vez, las buenas almas que gustan de reír. Nada con esos llorones que quieren ahogarse en verso y prosa, que se fingen enfermos en odas, en sonetos, en meditaciones, sino con algunos de esos antiguos *pantagruelistas* que no se apuran cuando se trata de banquetear y chancelar, que encuentran algo de bueno en el libro de los *Guisantes con tocino, cum commento*, de Rabelais, en el de *La dignidad de las Braguetas*, y que estiman esos libros substanciosos, picantes y a veces atrevidos.

Ya casi no se puede reír a costa del gobierno, amigos míos, desde que ha encontrado el medio de cobrar un impuesto de mil quinientos millones. Los papagayos, los

dar libertad a uno de ellos con motivo de la celebración de la fiesta de la Pascua, este pueblo ciego prefirió el asesino al inocente, y Barrabás escapó de este modo del suplicio.—(N. del T.)

(1) Pantagruel es el principal personaje de la obra de Rabelais titulada «Gargantúa y su hijo Pantagruel», y en el que el autor se complació en pintar a un filósofo epicúreo. Ha pasado al idioma francés para representar al tipo glotón y que no tiene más dios que su estómago. De Pantagruel, Balzac ha formado el verbo pantagruelizar, o sea, vivir para comer.—(N. del T.)

obisillos, los frailes y las monjas no son todavía bastante ricos para que se pueda ir a beber con ellos; pero cuando venga san Miguel, que echó al diablo del cielo, puede ser que renazcan los buenos tiempos. Entretanto, no nos queda en Francia más que el matrimonio como materia de risa. Discípulos de Panurgo (1), a vosotros sólo quiero por discípulos. Vosotros sabéis tomar y dejar un libro a tiempo, entender a medias palabras y sacarle jugo a un hueso medular.

Esas gentes de microscopio, que sólo ven un punto, los censores digo, ¿lo han dicho, lo han visto y lo han revisado todo? ¿han pronunciado en última instancia que un libro sobre el matrimonio es tan imposible de ejecutar como componer un cántaro roto?

—Sí, maestros-ciruela. Por mucho que exprimáis el matrimonio, jamás saldrá de él otra cosa que un placer para los solteros y un fastidio para los casados. Esta es la moral eterna. Un millón de páginas impresas no darán más de sí.

Sin embargo, he aquí mi primera proposición: El matrimonio es una lucha a muerte, antes de la cual ambos esposos le piden su bendición al cielo, porque amarse siempre es la más temeraria de las empresas; la lucha no tarda en empezar, y la victoria, quiero decir la libertad, es el premio del más listo.

Conforme. ¿Dónde veis en esto una concepción nueva?

Pues bien, me dirijo a los casados de ayer y de hoy; a los que, al salir de la iglesia o de la alcaldía, conciben la esperanza de conservar sus mujeres para ellos nada más; a los que, por yo no sé qué egoísmo o qué sentimiento indefinible, dicen al ver ajenas desventuras: «Eso no me sucederá a mí».

Me dirijo a los marinos que se embarcan después de haber visto zozobrar tantas naves; a los solteros que, después de haber hecho naufragar más de una virtud conyugal, se atreven a casarse. Y tal es el asunto, ¡siempre nuevo, siempre viejo!

Un hombre joven, o acaso un viejo, enamorado o no, acaba de adquirir por un contrato en regla, debidamente registrado en la alcaldía, en el cielo y hasta en las oficinas de Hacienda, la posesión de una señorita de cabellos largos, ojos negros y expresivos, menudos pies y dedos afilados, boca de granate, dientes de marfil, bien formada,

(1) Personaje de una obra de Rabelais.—(N. del T.)

vivaracha, apetitosa, preciosa, blanca como un lirio, dotada de los más apetecibles tesoros de belleza; sus pestañas parecen, al bajarse, los dardos de la corona de hierro; su piel, tejido tan fresco como la corola de una camelia blanca, matizada por la púrpura de las camelias rojas; sobre su tez virginal parece descubrirse la flor de una fruta nueva y el imperceptible vello de un melocotón; el azul de sus venas destila rico calor a través de aquella piel tan clara; reclama vida y la da; es todo alegría y amor, donaire e ingenuidad. Ama a su esposo, o a lo menos cree amarlo...

El enamorado esposo dice en el fondo de su corazón: «Esos ojos sólo me verán a mí; esa boca no tendrá besos más que para mí; esa mano sólo para mí tendrá los cosquilleos de la voluptuosidad; ese pecho no palpitará más que a mi voz; esa alma dormida sólo despertará respondiendo a mi voluntad y a mis deseos; yo sólo jugaré con esas trenzas brillantes; sólo yo soñaré caricias con esa cabeza deliciosa. Haré que la muerte defienda mi tesoro guardando el lecho nupcial, y ese trono de amor flotará en sangre de quien me la dispute, o en la mía. Tranquilidad, felicidad, honor, lazos paternos, fortuna de mis hijos, todo está aquí; yo defenderé todo eso como una leona sus cachorros. ¡Pobre del que se aventure a penetrar en mi antro!

—Pues bien, valeroso atleta, aplaudimos tu designio. Hasta ahora ningún geómetra ha osado trazar las líneas de longitud y latitud en el mar conyugal. Los marinos viejos han tenido vergüenza de indicar los bancos de arena, los escollos, las rompientes, los arrecifes, los bajos o las corrientes que destruyeron sus naves, por el mucho rubor que les causaban sus naufragios o sus averías. Falta un piloto, una brújula para los peregrinos del matrimonio... esta obra está destinada a serlo.

Sin hablar de los abaceros y traperos, son tantas las personas que se ocupan demasiado, para perder el tiempo, en buscar las razones ocultas que impulsan a las mujeres, que es obra de caridad el clasificar por títulos y capítulos todas las situaciones secretas del matrimonio; un buen índice les permitirá conocer todos y cada uno de los movimientos del corazón de sus mujeres, como una tabla de logaritmos les enseña el producto de una multiplicación.

¡Y bien! ¿qué os parece? ¿No es una empresa nueva, a la cual todo filósofo ha renunciado, la de enseñar la manera de impedir que una mujer engañe a su marido? ¿No es esta la comedia de las comedias? ¿No es otro *speculum*

vitae humanae? Ya no se trata aquí de las cuestiones ociosas de que hemos hecho justicia en esta Meditación. Hoy, en moral como en las ciencias exactas, el siglo pide observaciones, hechos. Nosotros los aportamos.

Empecemos, pues, por examinar el verdadero estado de las cosas, por analizar las fuerzas de cada partido. Antes de armar a nuestro campeón imaginario, calculemos el número de sus enemigos, contemos los cosacos que quieren invadir su pequeña patria.

Que el que quiera se embarque con nosotros, que ría quien pueda. ¡Leva el ancla! ¡izad las velas! Ya conocéis el puntito de donde salís, y esta es una gran ventaja que tenemos sobre bastantes libros.

En cuanto a nuestro capricho de reír llorando y de llorar riendo, como el divino Rabelais bebía comiendo y comía bebiendo; en cuanto a nuestra manía de poner en una misma página a Heráclito y a Demócrito (1), de no tener estilo ni premeditación de frase... si alguno en la tripulación murmura de ello... ¡Fuera de a bordo esos viejos cerebros entumecidos, esos clásicos en mantillas, esos románticos en mortaja, y bogue la nave!

Toda esa gente nos tachará tal vez de que nos parecemos a los que dicen con aire satisfecho: «Voy a contaros una historia que os hará reír...» Pero no se trata de reír, eso no puede ser hablando del matrimonio... ¿no adivináis que lo consideramos como una ligera enfermedad a la que estamos expuestos y que este libro es su monografía?

—Pero vosotros, vuestra galera o vuestro libro, tenéis el aire de esos postillones que hacen chasquear la fusta al arrancar, porque llevan ingleses, pero que apenas han galopado media legua, ya tienen que apearse para sujetar una correa o dejar que respiren los caballos. ¿A qué tocar la trompeta antes de la victoria?

—¡Ah, queridos *pantagruelistas*! Hoy, basta la pretensión de un éxito para lograrlo; y como, después de todo, las grandes obras no son quizá otra cosa que ideas pequeñas desarrolladas en grande, no veo por qué no he de aspirar a recoger laureles, siquiera no sea más que para coronar a tantos *jamonas* salados, o *jamonas*, que han de servirnos en la empresa.—¡Un instante, piloto! No zarpeemos sin dar una definición.

(1) Filósofo griego del siglo v. (a. de J. C.) que se reía constantemente de la locura humana; Heráclito lloraba por el mismo motivo, y por esta razón pasaron a ser el prototipo de la risa y el llanto respectivamente.—(N. del T.)

Lectores, si encontráis de vez en cuando en mi obra, como en el mundo, las palabras *virtud* o *mujeres virtuosas*, convengamos en que «virtud» es la peñosa facilidad con que una esposa reserva su corazón a un marido; a menos que la palabra esté empleada en un sentido general, distinción que dejo a la sagacidad natural de cada uno.

MEDITACIÓN II

ESTADÍSTICA CONYUGAL

Hace veinte años, poco más o menos, que la Administración pública está averiguando, entre otras cosas, las hectáreas de montes, prados, viñas y terreno inculto que encierra el suelo de Francia. No se ha contentado con esto, si que también ha querido conocer el número y naturaleza de los animales. Los sabios han ido todavía más lejos: han contado las arrobas de leña, los kilogramos de carne, los litros de vino, los huevos y las patatas que París consume. Pero nadie ha pensado hasta ahora, ni en nombre del honor marital, ni en interés de los que han de casarse, ni en beneficio de la moral y de la perfectibilidad de las instituciones humanas, de saber el número de mujeres honradas. ¡Cómo! El gobierno francés podrá contestar al que se lo pregunte, cuántos hombres armados tiene disponibles, cuántos espías, cuántos empleados, cuántos estudiantes, ¿y no ha de saber cuántas mujeres honradas hay? Si a un rey de Francia se le ocurriera buscar esposa entre sus ciudadanas, la Administración no podría indicarle el grupo de ovejas blancas entre las cuales debiera hacer su elección, y se vería obligado a acudir a alguna institución de premios a la virtud, lo cual sería cosa risible.

¿Será que los antiguos sabían más que nosotros en instituciones políticas, lo mismo que en moral? La historia nos enseña que Asuero (1), cuando quiso buscar una mujer entre las hijas de Persia, escogió a Esther, la más virtuosa y la más bella. Sus ministros habían encontrado,

(1) Rey de Persia.

pues, algún medio de escoger lo mejor de la población. Desgraciadamente, la Biblia, que es tan clara en todas las cuestiones matrimoniales, ha omitido toda explicación sobre esta ley de selección conyugal.

Intentemos suplir a este silencio de la Administración estableciendo un cómputo del sexo femenino en Francia. Al llegar aquí, reclamamos la atención de todos los amigos de la moral pública y los instituímos jueces de nuestra manera de proceder. Trataremos de ser bastante generosos en nuestros cálculos y bastante exactos en nuestros razonamientos, para que todo el mundo acepte el resultado de este análisis.

Se cuentan en Francia, hoy, unos treinta millones de habitantes.

Varios naturalistas piensan que el número de las mujeres excede al de los hombres; pero como algunos estadistas opinan lo contrario, adeptemos la evaluación más verosímil suponiendo quince millones.

Empeñemos por descontar de esta suma próximamente nueve millones de criaturas que, a primera vista, parecen tener bastante semejanza con la mujer, pero que un examen detenido nos obliga a descartar.

Expliquémonos.

Los naturalistas no consideran en el hombre más que un género único, del orden de los bimanos, establecido por Dumeril en su *Zoología analítica*, página 16, al que Bory de Saint-Vincent ha creído deber agregar el género orang, con el pretexto de completarlo.

Si esos zoólogos no ven en nosotros más que un mamífero de treinta y dos vértebras, poseyendo más pliegues que cualquiera otro animal en los hemisferios del cerebro; si para ellos no existen otras diferencias en este orden que las introducidas por la influencia de los climas, las cuales han suministrado la nomenclatura de quince especies cuyos nombres científicos sería inútil citar, el fisiólogo también tiene derecho a establecer sus géneros y subgéneros por los grados de inteligencia y por ciertas condiciones de existencia moral y pecuniaria.

Ahora bien, los nueve millones de seres excluidos presentan, como los demás, todos los caracteres que se atribuyen a la especie humana: tienen el hueso hioides, el caracoides, el acromión y la arcada zigomática; permítase, pues, a los señores del Jardín Botánico que los clasifiquen en el género bimano; ¡pero cómo considerarlos mujeres!... He ahí lo que nuestra Fisiología no admitirá nunca.

Para nosotros, y para todos aquellos a quienes este libro

se destina, una mujer es una variedad rara en el género humano, de la que vamos a dar seguidamente los principales caracteres fisiológicos.

Esta especie es debida a los cuidados particulares que los hombres hayan podido aplicar a su cultivo, gracias al poder del oro y al calor moral de la civilización. Se la reconoce generalmente por la blancura, finura y suavidad de la piel. Su inclinación la lleva a un aseo exquisito. Sus dedos tienen horror al contacto de los objetos que no sean blandos, suaves, perfumados. Como el armiño, muere algunas veces de dolor al ver manchada su blanca túnica. Gusta de alisarse los cabellos y de hacerlos exhalar olores embriagadores, de cortarse las uñas y limpiárselas, de bañar a menudo sus delicados miembros. No se complace en la noche sino reposando sobre plumas, ni descansa de día sino en cojines blandos; de día o de noche, prefiere la posición horizontal. Su voz es de dulzura penetrante, sus movimientos siempre son preciosos. Habla con maravillosa facilidad. No se entrega a ninguna ocupación penosa; pero, a pesar de su flaqueza aparente, hay cargas que lleva con gran desenvoltura. Evita los rayos del sol, del que sabe preservarse por ingeniosos medios. El andar es para ella una fatiga. ¿Come? Esto es un misterio. ¿Comparte las necesidades de las otras especies? Es un problema. Curiosa con exceso, fácilmente se deja dominar por el que sepa ocultarle la más mínima cosa; su genio la impulsa constantemente a buscar lo desconocido. Amar es su religión: sólo piensa en agitar al que ama. Ser amada es el fin de todas sus acciones, excitar deseos el de todos sus gestos. Por eso no piensa más que en los medios de lucir; no se mueve sino en el seno de una esfera de gracia y de elegancia. Para ella hila la joven india el pelo de cabra del Thibet; Tarara teje sus velos aéreos; Bruselas hace navegar pequeñas embarcaciones con cargamentos del más puro lino; Visapur disputa a las entrañas de la tierra piedras fulgurantes, y Sevres dora su blanca arcilla. Discurre noche y día nuevos adornos, pasa la vida afanada en planchar y embellecer sus trajes. Va mostrándose brillante y fresca a desconocidos cuyos homenajes la lisonjean, cuyos deseos la encantan, bien que no los comparte y le sean del todo indiferentes. Las horas que roba al cuidado de sí misma y a la voluptuosidad, las emplea en cantar los aires más seductores: para ella inventan Francia e Italia sus deliciosos conciertos, y Nápoles da a las cuerdas alma armoniosa. Teme casarse, porque el matrimonio desluce su esbeltez; pero lo admite, porque le

promete la felicidad. Si tiene hijos, es por casualidad, y cuando ya son grandes, los oculta.

Estos rasgos, tomados entre mil como al azar, encuéntranse hasta en esas criaturas cuyas manos están negras como las de los monos, cuya piel se halla curtida como pergamino viejo, cuyo rostro está quemado por el sol, cuyo cuello tiene arrugas como las del pavo; que están cubiertas de harapos, con la voz ronca, la inteligencia nula, el olor insoportable, no pensando más que en el arca del pan, siempre encorvadas hacia la tierra; que cavan, que siembran, que espigan, que amasan el pan, y que tejen el cáñamo; siempre revueltas con animales, hombres, chiquillos, viviendo en chozas mal cubiertas de paja, importándoles poco de donde les llueven los chiquillos. Parir muchos, para entregar muchos a la miseria y al trabajo, esa es toda su tarea; y si su amor no es una labor como la de los campos, es a lo menos una especulación.

¡Ay! Si cuenta el mundo mercaderes sentados todo el día entre cajas de azúcar y cajones de velas, gañanes que ordeñan vacas, infortunados que sirven como bestias de carga en las fábricas o en las haciendas; si existen, por desgracia, demasiadas criaturas vulgares para las que la vida espiritual, los beneficios de la educación, las deliciosas tempestades del corazón resultan ser un paraíso inaccesible, y si la naturaleza ha querido que tengan un caroides, un hioides y treinta y dos vértebras, ¡que queden para el fisiólogo en el género orang! Aquí, sólo escribimos para los ociosos, para los que tienen tiempo y afición a amar, para los ricos que han comprado la propiedad de las pasiones, para las inteligencias que han conquistado el monopolio de las quimeras. ¡Anatema para todo el que no viva del pensamiento! Digamos pestes de todo el que no sea joven, ardiente, bello, apasionado. Tal es la expresión pública del sentimiento secreto de los filántropos que saben leer o pueden andar en coche. En nuestros nueve millones de proscritos, el recaudador, el magistrado, el legislador, el cura, ven sin duda almas, gobernados, justiciables, contribuyentes; pero el hombre de sentimiento, el filósofo de gabinete, aun comiendo el pan sembrado, recogido y amasado por tales criaturas, las desecharán, como hacemos nosotros, del género Mujer. Para ellos, no hay más mujer que la que inspire o puede inspirar amor; no existe en realidad más criatura que la investida del sacerdocio del pensamiento por una educación privilegiada y en quien la ociosidad ha desarrollado

el poder de la imaginación; en una palabra, no hay más ser que aquel cuya alma sueña, en el amor, con tantos goces intelectuales como placeres físicos.

Sin embargo, haremos notar que esos nueve millones de parias hembras suelen producir aquí y allá millares de campesinas que, por circunstancias raras, son lindas como amores; llegan a París o a las grandes ciudades, y acaban por elevarse al rango de las mujeres visibles; mas para esas dos o tres mil criaturas privilegiadas, hay otras cien mil que permanecen siendo criadas de servicio o se entregan a desórdenes inconcebibles. De todos modos, tendremos en cuenta en la población femenina esas Pompadours (1) de aldea.

Este primer cálculo se funda en el descubrimiento hecho por la estadística, según el cual, hay en Francia diez y ocho millones de pobres, diez millones de gente acomodada y dos millones de ricos.

No hay, pues, en Francia más que seis millones de mujeres de las que los hombres enamoradizos se ocupan, se han ocupado o se ocuparán.

Sometamos esta crema social a un examen filosófico.

Pensamos, sin temor de que se nos desmienta, que los esposos que cuentan veinte años de matrimonio deben dormir tranquilamente sin temor a una invasión amorosa ni al escándalo de un proceso por sostener conversación criminal. Por consiguiente, de los seis millones de individuos hay que descontar dos millones lo menos de mujeres, muy amables, eso sí, porque pasados los cuarenta conocen bien el mundo; pero que, como no pueden conmovér el corazón de nadie, están fuera de la cuestión. Si tienen la desgracia de no ser buscadas por su amabilidad, se apodera de ellas el fastidio; y no tienen más remedio que darse a la devoción, o a los gatos, o a los perros, o bien a otras manías que sólo ofenden a Dios.

Los cálculos hechos en el *Bureau de longitudes* sobre la población, nos autorizan a abstraer de la masa total dos millones de chiquillas; las pobrecitas están en el abecé de la vida, juegan inocentemente con los niños, y no saben que estos picaruelos que las hacen reír, un día las harán llorar.

Ahora, de los dos millones restantes de mujeres, ¿qué hombre razonable no nos concederá cien mil pobres chi-

(1) La marquesa de Pompadour fué favorita de Luis XV (1721-1764).—
(N. del T.)

cas ultrafeas, jorobadas, sordomudas, ciegas, tuertas, enfermizas, raquílicas, inválidas, pobres aunque bien criadas, que se quedan solteronas y no pueden ofender en modo alguno a las santas leyes del matrimonio?

¿Y no ha de haber otras cien mil que sean hermanas de Santa Cecilia, hermanas de Caridad, monjas, institutrices, señoritas de compañía, etc.? Pongamos además el número, ciertamente difícil de precisar, de las niñas demasiado grandes para jugar con los niños, y demasiado jóvenes para deshacer sus coronas de azahar.

En fin, del millón y medio, aproximadamente, que quedan en el fondo del crisol, disminuirémos quinientas mil que son hijas de Baal (1) o se dedican a dar gusto a personas poco delicadas. Hasta incluiremos, sin temor de que se perviertan en semejante compañía, a las mujeres entretenidas, las modistas, las chicas de mostrador, las tenderas, las bailarinas, las actrices, las cantatrices, las coristas y comparsas, las doncellas... de servicio, etc. La mayor parte de estas criaturas excitan pasiones, indudablemente, pero juzgan impropio hacer intervenir a un notario, a un alcalde, a un cura y a una infinidad de gentes inútiles para un acto que no debe de tener testigos. Su sistema, justamente criticado por una sociedad curiosa, tiene la ventaja de no obligarlas a nada con los hombres, ni con los eclesiásticos, ni con la justicia. Ahora bien, no faltando a ningún juramento público, esas mujeres no tienen nada que ver en una obra exclusivamente consagrada a los matrimonios legítimos.

Es pedir poco para este artículo, pero así resultará compensado lo que haya de exceso en otros. Si alguno, por amor a alguna rica viuda, quiere incluirla en el millón restante, que la tome del capítulo de las hermanas de la Caridad, de las coristas de ópera, de las jorobadas o de las tuertas. Si en esta categoría no hemos contado más de cien mil cabezas, es porque la aumentan con gran número los nueve millones de aldeanas. Hemos desdeñado la clase obrera y el comercio menudo, por la misma razón: las mujeres de estas dos secciones sociales son producto de los esfuerzos que hacen los nueve millones de bimanos hembras para elevarse a las cumbres de la civilización.

(1) Baal, dios de los fenicios y de los cananeos. Es el término empleado generalmente para designar los dioses de los gentiles, los falsos dioses, cuyo culto se celebraba con prácticas vergonzosas y con sangre humana.—(N. del T.)

Sin esta escrupulosa exactitud, muchas personas mirarían esta Meditación de Estadística conyugal como una pura broma.

Hablamos pensado organizar una pequeña clase de cien mil individuos, para formar una caja de amortización, y dar sostenimiento y asilo a mujeres desvalidas, como las viudas, por ejemplo; pero hemos optado por otra cosa.

Es fácil demostrar la exactitud de nuestro análisis: bastará una sola reflexión.

La vida de la mujer se divide en tres épocas bien distintas: la primera empieza en la cuna y termina en la nubilidad; la segunda abraza el tiempo en que la mujer pertenece al matrimonio; la tercera comienza en la edad crítica en que la naturaleza hace a las pasiones la intimación brutal de que les toca cesar en el ejercicio de sus funciones. Siendo las tres fases de la vida próximamente iguales en duración, deben dividir en partes iguales una suma dada de mujeres. Así, en una masa de seis millones, se encuentra, salvo las fracciones que pueden determinar los sabios, sobre dos millones de chicas de uno a diez y ocho años, dos millones de mujeres de diez y ocho a cuarenta años, y dos millones de viejas. Los caprichos del Estado social han distribuido los dos millones de mujeres aptas para casarse en tres grandes categorías de existencia, a saber: las que se quedan solteras por las razones que hemos deducido, aquellas cuya virtud les importa poco a los maridos, y el millón de esposas legítimas de que hemos de ocuparnos.

Se ve por este escrutinio de la población femenina, que apenas si existe en Francia un millón de ovejas blancas, rebaño privilegiado que quieren perseguir todos los lobos.

Hagamos pasar por otro tamiz a este millón de mujeres ya escogidas.

Para llegar a una apreciación más verdadera del grado de confianza que un hombre debe tener en su mujer, supongamos que todas las casadas han de engañar a sus maridos.

En tal hipótesis, convendrá descontar una vigésima parte de las muchachas que, casadas la víspera, permanecen una temporada fieles a sus juramentos.

Otra vigésima parte de ellas estará mal de salud. Es conceder bien poco a las dolencias humanas.

Ciertas pasiones que, según se dice, destruyen el imperio del hombre sobre el corazón de la mujer, como la fealdad, el mal genio, la grosería, el egoísmo, reclaman otra vigésima parte.

El adulterio no se infiltra nunca en el corazón de una mujer casada con la rapidez del rayo. Aunque la simpatía produzca a primera vista cierta inclinación, hay siempre lucha, una lucha cuya duración rebaja algo la suma de las infidelidades conyugales. Sería casi un insulto al pudor de Francia el no representar el tiempo de la lucha, en un país tan guerrero, por una vigésima parte del total de las mujeres; mas también supondremos que ciertas mujeres enfermas incluyen a sus amantes entre el número de los unguentos y pociones, y que hay mujeres cuyos preñados hacen maliciosamente sonreír a algún solterón cazarro. Así dejamos a salvo el pudor de las que combaten por la virtud.

Por la misma razón, no nos atreveremos a creer que una mujer abandonada por su amante consiga otro *hic et nunc*; pero este descuento, siendo necesariamente menor que el precedente, lo estimaremos en una cuadragésima parte.

Tantas rebajas reducirán nuestra masa a ochocientas mil mujeres, cuando se trate de determinar el número de las que ofenden a la fe conyugal.

En ese momento, ¿quién no querrá permanecer persuadido de que todas ellas son virtuosas? ¿No son la flor del país? ¿No son todas jovencitas, hechiceras, rebosantes de belleza, de juventud, de vida y de amor? Creer en su virtud es una especie de religión social, ya que son el ornamento del mundo, y constituyen la mayor gloria de Francia.

Por consiguiente, en ese millón de hembras hemos de buscar:

El número de las mujeres decentes;

El número de las mujeres virtuosas.

Tal investigación y estas dos categorías exigen Meditaciones enteras, que servirán de apéndice a ésta.

MEDITACIÓN III

DE LA MUJER DECENTE

La anterior Meditación ha demostrado que tenemos en Francia una masa flotante de un millón de mujeres que explotan el privilegio de inspirar esas pasiones que un caballero confiesa sin rubor u oculta con placer. Es por lo

tanto sobre ese millón de hembras donde hemos de pasear nuestra linterna diogénica, si hemos de encontrar las mujeres honradas del país.

Esta empresa nos lleva a hacer varias digresiones.

Dos jóvenes bien vestidos y muy bien calzados se encuentran una mañana en pleno boulevard, a la salida del pasaje de los Panoramas.

—¡Hola, eres tú!

—Sí, chico, no lo parezco, ¿verdad?

Y ambos se ríen más o menos espiritualmente, según la índole del chiste inicial de la conversación.

Después de examinarse con la curiosidad maliciosa de un gendarme que trata de reconocer las señas de un delincuente; convencidos ya de la frescura respectiva de sus guantes, de sus chalecos y de la gracia con que se ha hecho el lazo de la corbata; casi seguros de que ninguno de ellos está pobre, se dan el brazo; y aunque esto suceda a la puerta del teatro de Variedades, no llegarán a la altura de Frascati sin dirigirse una pregunta algo cruda, cuya traducción libre es la siguiente:

—¿Con quién estás liado ahora?

Regla general, siempre es una mujer encantadora.

¿Qué paseante hay en París en cuyos oídos no hayan silbado, como las balas en un día de batalla, cientos de frases y miles de palabras dichas por los transeuntes, y quién no ha oído algunas de las innumerables, heladas en el aire, de que habla Rabelais? Pero los más de los hombres se pasean por París como comen, como viven, es decir, sin pensar en ello. Hay pocos músicos hábiles, pocos fisonomistas ejercitados, que descifren la clave de esas notas o que descubran la pasión de que proceden. ¡Oh! ¡vagar errante por las calles de París! ¡qué adorable y deliciosa existencia! Callejear es una ciencia, es la gastronomía de los ojos. Pasear es vegetar; callejear es vivir. La muchacha bonita, largo tiempo contemplada con ardientes ojos, sería más razonable pretendiendo un salario, que el fondista que pedía un franco al Limosín cuya nariz, hincada a todo trapo, aspiraba los culinarios perfumes. Callejear es gozar; es recoger rasgos de ingenio, es admirar sublimes cuadros de dolor, de amor y de alegría, es ver retratos graciosos o grotescos, es sumergir la mirada en el fondo de mil y mil existencias: para el joven es desearlo y poseerlo todo; para el viejo es vivir la vida de los jóvenes y participar de sus pasiones. ¡Cuántas respuestas ha oído dar el callejero observador a la categórica interrogación en que nos hemos detenido!

—Tiene treinta y cinco años, pero no le echarías veinte—dice un mozuelo de ojos vivos que, recién llegado del colegio, querría, como Cherubín, gozarlo todo.

—¡No faltaba más! Es una mujer que usa camisas de batista y anillos de diamantes—dice un pasante de notario.

—Tiene coche y palco—dice un militar.

—¡A mí!—dice otro de más edad que parece responder a alguna observación; lo hago porque no cuesta nada... Y al mismo tiempo da una palmadita en el vientre de su interlocutor.

—Me quiere, sí—dice otro;—pero no puedes figurarte lo bestia que es su marido. Buffón ha descrito admirablemente a los animales, pero al bípedo llamado marido... (Qué agradable es oír esto cuando uno es casado.)

—¡Oh! amigo mío, ¡como un ángel!...—esta es la respuesta a una pregunta hecha discretamente al oído.

—¿Puedes decirme su nombre o enseñármela!

—¡Imposible! ¡es una *mujer decente*!

Cuando un estudiante es amado por una camarera, la nombra con orgullo y aun lleva a los amigos a almorzar a su café. Si un joven quiere a una mujer cuyo marido comercia en artículos de primera necesidad, contestará ruborizándose:

—Es planchadora, es esposa de un papelerero, de un mercader de paños, de un dependiente.

Pero la confesión de un amor tan subalterno que nació y creció en medio de los fardos, de los pilones de azúcar o de los chalecos de franela, va casi siempre acompañada de un pomposo elogio de la fortuna de la dama. El marido es comerciante, es rico, tiene hermosos muebles; por lo demás, ella va a la casa del querido, tiene casa de campo, etc.

En fin, un joven enamorado siempre tiene razones para demostrar que su querida será pronto una mujer honrada, si ya no lo es. Semejante distinción, producida por la elegancia de nuestras costumbres, es tan indefinible como la línea en que comienza el buen tono. ¿Qué se entiende, pues, por *mujer decente*?

Esta materia se roza demasiado con la vanidad de las mujeres, y aun con la de los maridos, para que no establezcamos aquí las reglas generales resultantes de larga observación.

El consabido millón de cabezas privilegiadas representa una masa de elegibles al título glorioso de *mujer decente*, pero no son todas elegidas. Los principios de la elección están en los axiomas siguientes:

AFORISMOS

I

La mujer *decente* (1) es por necesidad casada.

II

La mujer *decente* tiene menos de cuarenta años.

III

Una mujer casada cuyos favores son pagaderos, no es mujer *decente*.

IV

Toda mujer casada que tiene coche, es mujer *decente*.

V

Una mujer, casada o no, que entra en la cocina, no es mujer *decente*.

VI

Cuando un hombre ha ganado veinte mil libras de renta, su mujer es una mujer *decente*, sea cual fuere el género de comercio a que él ha debido su fortuna.

VII

La mujer que dice *ónibus* por *ómnibus*, *ferrocarriles* por *ferrocarriles*, o que llama *tipa*, y no *tipo*, a otra mujer cualquiera, esa no es *decente* aunque sea rica.

VIII

Una mujer *decente* debe tener una existencia pecuniaria tal, que su amante no tema que le sea gravosa en ningún caso.

IX

La mujer que vive en piso tercero (exceptuando las calles de Rívoli y Castiglione), esa no es mujer *decente*.

(1) Para interpretar estos aforismos téngase muy en cuenta el sentido que el autor da a la palabra *decente* en el supuesto diálogo entre los dos jóvenes.—(N. del T.)

X

La esposa de un banquero es siempre mujer *decente*; pero si ella misma trabaja en el escritorio no puede ser *decente*, a no ser que el negocio tenga inmensa extensión y que no vivan en el entresuelo de la tienda.

XI

La sobrina soltera de un obispo, cuando vive con él, puede pasar por *decente*, pues, a pesar de ser soltera, si tiene alguna intriga está obligada a ocultársela a su tío.

XII

Es mujer *decente* aquella a quien se teme comprometer.

XIII

La mujer de un artista siempre es mujer *decente*.

Aplicando estos principios, el último palurdo puede resolver todas las dificultades que en esta materia se presentan.

Para que una mujer no guise por sí misma, haya recibido esmerada educación, tenga el sentimiento de la coquetería, posea el derecho de pasarse horas enteras sin hacer nada, esto es, viviendo la vida del espíritu, recostada en un diván, necesita a lo menos una renta de seis mil francos en provincias o de veinte mil en París. Estos dos términos de fortuna van a indicarnos el número presumido de las mujeres *decentes* que existen en el millón, producto bruto de nuestra estadística.

Trescientos mil rentistas a mil quinientos francos, representan la suma total de pensiones, intereses vitalicios y perpetuos, pagados por el Tesoro, y la de las rentas hipotecarias.

Trescientos mil propietarios, con tres mil quinientos francos de renta, representan la totalidad de la fortuna territorial.

Doscientas mil partes, a razón de mil quinientos francos, representan lo que corresponde a los presupuestos del Estado, de los departamentos o de los municipios; restando lo que corresponde a la deuda, al clero, a los héroes de oficio con veinticinco céntimos diarios, etc.

Doscientas mil fortunas comerciales, a razón de veinte mil francos de capital, representan todos los establecimientos industriales posibles de Francia.

He aquí un millón de maridos.

Pero ¿cuántos rentistas contaremos de diez, cincuenta, cien, doscientos, trescientos, cuatrocientos, quinientos y seiscientos francos nada más de renta, inscritos en el Gran Libro o en otra parte?

¿Cuántos propietarios hay que no pagan más que cinco, veinte, ciento, doscientos y doscientos ochenta francos de contribución?

¿Cuántos supondremos, entre los presupuestívoros, que no pasen de pobres cagatintas con seiscientos francos de sueldo?

¿Cuántos admitiremos, entre los comerciantes, que sólo dispongan de capitales ficticios, que no tengan un cuarto, pareciendo cribas por donde pasa el Pactolo? (1). Y ¿cuántos negociantes con un capital efectivo de dos mil, cuatro mil, cinco mil francos?... ¡Salve, Industria!

Hagamos felices a más de los que lo son en realidad, dividiendo el millón en dos partes: quinientas mil familias tendrán de cien francos a tres mil de renta, y quinientos mil francos llenarán las condiciones requeridas para ser *decentes*.

Según las observaciones que terminan nuestra Meditación de Estadística, estamos autorizados para quitar de este número cien mil unidades; por consecuencia, puede tomarse por proposición matemáticamente demostrada que no existen en Francia más que cuatrocientas mil mujeres cuya posesión pueda ofrecer a los hombres delicados los exquisitos y distinguidos goces que buscan en amor.

En efecto, aquí es ocasión de hacer observar a los adeptos para quienes escribimos, que el amor no se compone de algunas conversaciones tiernas, de algunas noches de voluptuosidad, de algunas caricias más o menos inteligentes y de una chispa de amor propio bautizada con el nombre de celos. No es de nuestras cuatrocientas mil mujeres de las que puede decirse: «La más bella de las mu-

(1) Río de Lidia que arrastraba pajuelas de oro. A él debió sus riquezas Cresos. Según cuenta la fábula, dicho río poseía esa propiedad de arrastrar oro desde que se bañó en él el rey Micas, el cual tenía la virtud de convertir en oro cuanto tocaba. Úsase en literatura esta palabra Pactolo para designar aquello que es manantial inagotable de riquezas. Así se dice: *este negocio va a hacer correr por su casa el Pactolo.*—(N. del T.)

chachas no da sino lo que tiene». No, todas ellas están pródigamente dotadas por los tesoros que deben a nuestras ardientes imaginaciones, saben vender caro lo que no tienen, y lo venden caro para que el precio compense la vulgaridad de lo que dan.

¿Es besando el guante de una griseta como sentiréis el mismo gusto que agotando las voluptuosidades de cinco minutos ofrecidas por todas las mujeres?

¿Es la conversación de una verdulera lo que os promete goces infinitos?

Entre vos y una mujer inferior en calidad, las delicias de amor propio son sólo para ella. No estáis en el secreto de la dicha que otorgáis.

Entre vos y una mujer que os supere en fortuna o posición social, los placeres de la vanidad son inmensos y os tocan a partes iguales. El hombre nunca ha podido elevar a su querida hasta él; pero la mujer pone siempre a su amante a la misma altura que ella.—«Yo puedo hacer príncipes, y vos nunca haréis sino bastardos», es una respuesta en que siempre rebosa la verdad.

Si el amor es la primera de las pasiones, consiste en que las halaga a todas, a todas las lisonjea. Se ama en razón del mayor o menor número de cuerdas que los dedos de nuestra bella amada pulsan en nuestro corazón.

Biren, hijo de un platero, al subir al lecho de la duquesa de Courlandia y ayudarla a firmar la promesa de ser proclamado soberano del país, como lo era de la joven y linda soberana, es el tipo de la felicidad que deben darles a sus queridos nuestras cuatrocientas mil mujeres.

Para tener el derecho de hacerse un escabel de todas las cabezas que brillan en un salón, es necesario ser amante de una de las mujeres eminentes. A todos, más o menos, plácenos reinar.

Así es que a la parte más brillante de la nación se dirigen todos los ataques de los hombres que, por la educación, el talento o el ingenio, han adquirido el derecho de ser tenidos en algo; y sólo en esa clase de mujeres se encuentra aquella cuyo corazón ha de ser defendido a todo trance por *nuestro* marido.

Que las consideraciones a que da lugar nuestra aristocracia femenina se apliquen o no a las demás clases sociales, ¿qué les importa? Lo que será cierto en esas mujeres tan buscadas por sus modales, su lenguaje o sus pensamientos; en aquellas cuya educación privilegiada ha desarrollado la afición a las artes, la facultad de sentir, de comparar y de reflexionar; en las que tienen un senti-

miento tan elevado de las conveniencias y de la política social que dirigen las costumbres de toda Francia, debe aplicarse a las mujeres de todas las naciones y de todas las especies. El hombre superior a quien este libro se dedica, posee de seguro cierta óptica de pensamiento que le permite seguir las degradaciones de la luz en cada clase de la sociedad y conocer el punto de civilización en el cual la observación es todavía verdadera.

¿No es, por consiguiente, de gran interés moral buscar ahora el número de mujeres virtuosas que puedan encontrarse entre esas adorables criaturas? ¿No hay aquí una interesantísima cuestión maritonal?

MEDITACIÓN IV

DE LA MUJER VIRTUOSA

La cuestión no estriba tanto en saber cuántas mujeres virtuosas hay en Francia, como en saber si una mujer *decente* puede permanecer virtuosa.

Para aclarar mejor un punto tan importante, echemos una rápida ojeada sobre la clase masculina.

De nuestros quince millones de hombres, quitemos ante todo los nueve millones de bimanos con treinta y dos vértebras, no admitiendo el examen fisiológico más que seis millones de sujetos. Los Marceau, los Massena, los Rousseau, los Diderot y los Rollín germinan a menudo y de repente en el seno de esta hez social en fermentación; pero aquí cometeremos deliberadas inexactitudes. Estos errores de cálculo serán palpables a la conclusión, corroborando los terribles resultados que va a descubrirnos el mecanismo de las pasiones públicas.

De los seis millones de hombres privilegiados, descontaremos tres millones de ancianos y de niños.

Se dirá que esta resta ha dado en las mujeres cuatro millones.

A primera vista, la diferencia puede parecer extraña; pero es fácil de justificar.

La edad en que se casan las mujeres es, por término medio, la de veinte años; a los cuarenta ya no pertenecen al amor.